

Política para modernizar la educación

Entrevista a Gilberto Guevara Niebla

Miguel Bazdresch Parada*



La descentralización educativa, la universidad, la relación Estado-educación-sociedad y algunos temas pendientes en la cultura e identidad nacional se abordan en esta entrevista con Gilberto Guevara Niebla, presidente de la Fundación Nexos, doctor en Ciencias Sociales, político, subsecretario de Educación Básica durante 10 meses de 1992, autor de múltiples publicaciones sobre el tema de la educación.

Miguel Bazdresch Parada (MB). Quienes conocemos tu trabajo en la educación, que se remonta a los años sesenta, siempre quisimos preguntarte cómo ha sido tu proceso intelectual. Hace unos años abandonaste, al menos en tus escritos, el tema de la educación superior, el cual te había ocupado por muchos años, y pusiste más énfasis en la educación básica. ¿Por qué?

Gilberto Guevara Niebla (GG). Debo confesar que la educación básica ha sido un interés permanente en mí. Comencé a tratar los temas educativos desde mi época de estudiante, cuando hice mis primeras publicaciones sobre asuntos educativos. Nunca he sido estrictamente un académico tradicional; gran parte de mi trabajo podría calificarse de divulgación, aunque he tenido oportunidad de producir conocimientos, algunos con cierta oportunidad política, que han tenido una difusión más amplia de la esperada.

A partir de mi experiencia en educación superior comencé a reflexionar e interesarme de manera cada vez más fuerte en los temas de educación básica. Dos experiencias fueron decisivas para mí. La primera tuvo que ver con las dificultades de la Universidad; reconocer -a través de estudios, visitas a universidades, del conocimiento empírico- que las universidades encontraban enormes difi-

cultades para "salir adelante", y que una buena parte de esas dificultades provenía de las deficiencias en la preparación de los muchachos durante su educación primaria y secundaria. Esto se hizo más patente cuando el doctor Jorge Carpizo, entonces rector de la UNAM, publicó en 1986 Fortalezas y debilidades de la UNAM; pero era una verdad que todos conocíamos y sabíamos. El otro hecho decisivo tuvo que ver con la reflexión más amplia que ahora se está haciendo -comenzada en los años ochenta y que ha cobrado una dimensión muy importante- sobre el desarrollo de las naciones y la importancia creciente del conocimiento para el desarrollo económico, así como el papel que juega la capacitación de una colectividad humana para evolucionar y prosperar en el plano material, en el plano de la producción de riqueza.

MB. Entre los puntos novedosos para el investigador y para el político está uno que tu has planteado en diversos foros: la necesidad de distribuir el poder del Estado en educación entre otros sectores; uno muy importante es el de los profesores, los

* Profesor-investigador de la Maestría en Educación del ITESO.

maestros, quizá la profesión más numerosa que existe en el país. ¿Cómo observas este proceso de transferencia del poder del Estado hacia los profesores ahora, y luego hacia la sociedad en su conjunto, con esta política de propiciar la mayor participación de la sociedad en la educación?

GG. Una reforma educativa, para que sea real, necesita modificar los mecanismos del poder dentro del sector educativo; es decir, distribuir de otra manera las facultades de decisión dentro del sistema.

Hasta ahora hemos vivido un esquema de organización escolar que no se aleja mucho, en realidad, del esquema socialista. Es un esquema excesivamente centralizado. En un momento dado corrimos el peligro de caer en un modelo socializante, en la época de educación socialista; esto no sucedió así porque en el país hubo una respuesta cultural muy importante, sobre todo proveniente de las universidades, que significó un pulmón para nuestra pluralidad cultural y para nuestra democracia. Finalmente México salió adelante como una sociedad con capacidad para desarrollarse civilizadamente, pacíficamente, y bueno, hemos llegado a donde estamos; pero nunca se logró modernizar un esquema de organización escolar que resultó altamente eficaz a principios y hasta la mitad del siglo.

La SEP se crea en 1921, y podríamos decir que este modelo fue altamente eficiente de 1921 a 1950. Ya en los sesenta había signos notorios de que el modelo estaba fallando, que era deficiente. El problema fundamental de este modelo centralizado consistía en que las decisiones educativas -en lo referente al currículo, a la formación de profesores y también en todos los aspectos operativos escolares- estaban centralizadas en un órgano que se llamaba Secretaría de Educación Pública: había una autoridad para toda la nación que decidía, desde el pizarrón, qué iba a llegar a las aulas de escuelas de la Sierra de Chihuahua para atender las necesidades educativas de los Tarahumaras, hasta la parcela escolar en las escuelas rurales en Chiapas; los horarios que deberían cumplirse prácticamente en todas las escuelas del país; los calendarios, las formas de organización escolar, las lecciones que deberían darse mes a mes y prácticamente, semana a semana y día con día. Un esquema de un centralismo absurdo, si uno lo observa racional y críticamente.

Este esquema condujo, a la postre, a resultados muy negativos. En la medida en que se expandía el sistema escolar, en que se atendía la demanda de

servicios, en que se ampliaba la cobertura, se iba perdiendo el control de la autoridad única. Entonces, hasta 1992, el hecho más dramático que presentaba nuestro sistema, es que uno visitaba una escuela, sea en el Distrito Federal o en la parte más remota de Baja California, y se podía advertir que no había control de la autoridad educativa sobre lo que estaba pasando en esa escuela.

Resultado de esta ausencia de control es que los profesores, según pudimos demostrar en una investigación que realizamos, hacían en el aula prácticamente lo que querían porque no había control; había un exceso de regulaciones centrales, una camisa de fuerza normativa impresionante; el profesor tenía normas para todo, pero en la práctica ninguna de esas normas operaba, y en el aula había una libertad prácticamente absoluta e irrestricta.

Este es el esquema, gruesamente dibujado, y lo que se ha tratado de modificar es el centralismo absurdo que ha generado tantas dificultades; ha generado una especie de empate catastrófico, de inmovilidad, un equilibrio inmovilizante de nuestro sistema educativo. A partir de eso surgen las nuevas medidas que se han planteado en el sistema educativo.

MB. ¿Habría alguna expectativa de lograr los fines de la educación que se propone la nación, plasmados en la constitución: la búsqueda de la identidad nacional, la contribución a una cultura propia?

GG. Creo que estamos viviendo un momento de transición; salimos de un nacionalismo definitivamente estereotipado y rígido, de una forma de convivencia social en donde estábamos muy encerrados en nosotros mismos y, tal vez, siguiendo a Samuel Ramos, nos sentíamos en ese encerramiento muy inseguros. Ese complejo de inferioridad del que hablaba Ramos, dibujaba, de alguna manera, no a un mexicano esencial que tal vez no exista, sino a una época de una enorme inseguridad respecto de quiénes éramos, a dónde íbamos y qué iba a pasar con nuestra comunidad; afortunadamente pasó.

En gran parte por el esfuerzo educativo que la nación mexicana ha realizado, estamos entrando a una nueva etapa de desarrollo, y hemos logrado, finalmente, sentar las bases culturales para dar un paso importante en materia educativa.

No es del todo claro que la nación, el concepto de nación, un concepto moderno de nación, sea aceptado fácilmente por nuestra comunidad. Por ejemplo, los libros de texto de historia de México del año pasado. Es verdad que a propósito de ellos

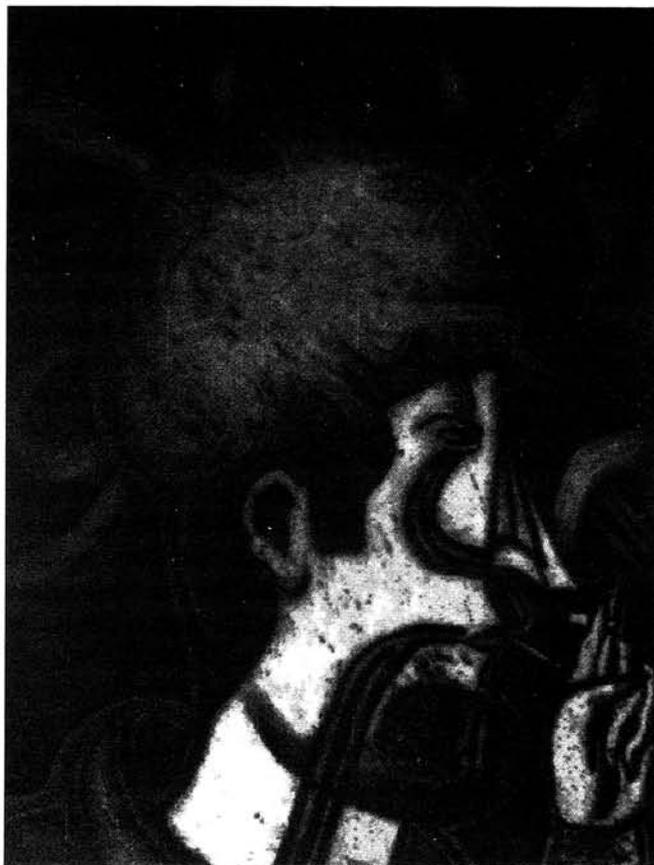
se organizó un debate en buena parte artificial, pues los libros de historia dejaron de ser el objeto central de interés y aparecieron otros intereses políticos extraeducativos que movieron a muchos periodistas y a muchas personas a participar haciendo críticas frecuentemente insustanciales; pero, independientemente de esa dimensión artificial del debate, hay que advertir con toda seriedad que hubo muchos mexicanos honestos que leyeron ese libro de historia de México y no se reconocieron en ese espejo.

Esto es sumamente importante, ¿qué tienen esos libros? Los libros presentan una visión de México que está fundamentalmente apoyada en los desarrollos de la investigación histórica que se ha hecho en los últimos 40 años. Esa idea de México no estaba en los anteriores libros de texto, ni el público en general la conocía; lamentablemente ese conocimiento estaba reducido a los ámbitos académicos. Por ejemplo, la revaloración del periodo de Porfirio Díaz, que la han hecho historiadores tan importantes como Don Daniel Cosío Villegas o el historiador francés Jean Francois Guerra. No todos estamos preparados para aceptar que Porfirio Díaz, además de dictador, de haber condenado a los indios Yaquis a trabajar en Yucatán, de las haciendas, fue también un hombre con una idea muy progresista del desarrollo nacional y muy nacionalista frente al vecino del norte en particular, siempre defendió la autonomía nacional.

Esa reacción denota la vieja inseguridad de la que hablaba Samuel Ramos y que tiene que ver con una idea básica para nuestro sistema democrático: ¿damos o no damos a la sociedad facultades para decidir?, y referido a educación: ¿le vamos o no le vamos a dar a los estados un control decisivo importante, no formal, sobre la educación?, ¿le vamos o no le vamos a dar participación real a los profesores de base en las decisiones curriculares, de calendario escolar, en las decisiones de la educación normal, etc.?, ¿le vamos o no le vamos a dar poder a los padres de familia, a las comunidades, para participar en la gestión directa del sistema educativo?

Se está dando el movimiento hacia ese estado en donde los mexicanos obren con plena seguridad, con plena solvencia, autovalorándose individual y colectivamente. Estamos dando pasos firmes en esa dirección, y el paso más importante que se ha dado fue el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica.

La clave del acuerdo es, en primer lugar, que la operación del sistema escolar pasó de la federación a los estados; todos los aspectos operativos de



la educación nacional van a quedar en manos de los estados, y la SEP queda exclusivamente como un órgano normativo y evaluativo. A la SEP le corresponderá también jugar una función de compensación, en la medida que hay estados sumamente pobres, como Oaxaca, frente a estados bastante prósperos, como Nuevo León; la federación va a continuar con la obligación de compensar las diferencias y ayudar a los pobres, pero también va a evaluar, y en función de la evaluación decidirá la distribución de recursos financieros. Van a ser dos criterios concurrentes que se van a usar para la distribución de recursos.

Esto es lo más importante, pero dentro de la normatividad que expide la SEP se está dando también algo nuevo que se debe consignar. Por primera vez se acepta que los estados contribuyan con contenidos estatales -se les llama regionales, pero deben ser estatales- al currículo oficial. Es decir, la educación nacional comienza a convertirse en algo nuevo, poco a poco desde luego.

Romper con lazos que se han amarrado durante décadas, a veces siglos, resulta sumamente difícil, y usar una espada de Damocles, en este caso, resultaría equivocado, desgastante y peligroso. Por lo tanto, se tiene que establecer una estrategia

gradual para avanzar paso a paso. Pero México, la cultura mexicana, se está modernizando.

MB. Como nación tenemos algunos puntos pendientes en la agenda. Ya mencionaste la inseguridad. Pero hay otro más dramático, que ahora con las reformas a la constitución se ha puesto en el tapete: ¿qué es lo que estuvo antes, durante y después de la "cristiada"? En esos años se forjó un Estado centralizador, conductor de la vida nacional, en donde la iniciativa privada, la iniciativa de los grupos sociales, de los ciudadanos, de la organización social, fue dejada de lado en función de un Estado fuerte, de un Estado mucho más poderoso.

Siempre he tenido la impresión de que si históricamente la decisión hubiera sido al revés, si el Estado hubiera decidido hacerse fuerte por la vía de hacer fuerte a la sociedad, probablemente hoy tendríamos un Estado sólido, capaz de enfrentar los retos que supone la modernización, y una sociedad fuerte que puede acompañar al Estado. Hoy nos enfrentamos al problema de un Estado fuerte, autoritario, que está tratando de abrirse y consolidarse con la participación de la sociedad, pero tenemos una sociedad débil. Por ejemplo, todavía no tenemos un sistema de partidos suficientemente consolidados a la manera clásica, como lo vemos en otras naciones; tampoco tenemos un sistema de educación superior integral.

Así pues, si para que el intento modernizador sea exitoso es necesaria la participación social, ¿cómo impulsarla sin olvidar la historia, cómo resolver este pendiente nacional del 28 del 29?

GG. Tengo una opinión un poco distinta. Las circunstancias que se vivieron en la segunda y tercera décadas de este siglo eran tan especiales que sería difícil construir o pensar en que un modelo de sociedad participante pudiera encontrar viabilidad, por lo siguiente: uno puede ver en las investigaciones históricas que esos años México existía como nación prácticamente sólo por el hecho de que existía un Estado nacional. Gramsci dice que la Italia de 1870 fue un Estado nacional, pero que la nación estaba dividida, refiriéndose a la relación entre el Messoiorino y el norte de Italia.

En México, el esfuerzo de los liberales del siglo pasado fue reforzar al Estado nacional -que, por cierto, contra toda suposición, el Estado que ellos finalmente crearon fue centralista, aunque se decían federalistas. México existía como nación sólo en tanto Estado nacional.

Si uno estudia las particularidades de las regiones, como la península yucateca, el noroeste de

México, las zonas extremas del país, uno encuentra con sorpresa que sus elementos de identidad nacional residían, fundamentalmente, en las élites gobernantes y en los caudillajes locales. Recordemos simplemente que los indios Yaquis, por ejemplo, apoyaron activamente al emperador Maximiliano y al imperio francés; esto es un asunto que nos debería llevar a la reflexión.

Al iniciarse el siglo, México es México porque Díaz ha hecho de nuevo un Estado fuerte, un Estado activo, intervencionista en economía. La revolución viene a armar a la sociedad; la década de los veinte, y todavía en los treinta, precisamente los años más dramáticos de la guerra cristera, México es una sociedad armada, el pueblo tenía armas. Hay que recordar que en 1960 el general Celestino Gasca llamó -y fue la última convocatoria a una rebelión contra el gobierno, y lo que México vio con sorpresa fue que muchos campesinos sacaron sus viejos fusiles de la revolución, los desenterraron, los sacaron de los techos de sus casas y se dispusieron a pelear, aunque, claro, fue una revolución de petardos que rápidamente fue controlada por las autoridades. Pero es significativa la cantidad de armas que había en México en esos años y el potencial beligerante que tenía esta sociedad. Me cuesta mucho trabajo pensar que un Estado débil, un Estado no poderoso, distinto al que se creó, hubiera podido enfrentar a una sociedad tan dinámica, tan efervescente, tan catalizada como la sociedad mexicana, pero en esta es una reflexión aparte.

En efecto, hay una deuda en relación con la guerra cristera. Una deuda que, hay evidencias recientes, se ha venido reconociendo. Por ejemplo, el hecho de que el Estado mexicano le dé, por primera vez, un estatuto jurídico y un reconocimiento explícito a las iglesias, particularmente a la católica. Esto es un hecho histórico importante, es un gesto fundamental de reconciliación y un esfuerzo dirigido a saldar una cuenta pendiente.

Ahora, en relación con la participación, creo que hay procesos que se desencadenaron en aquella época, procesos que lastimaron, escindieron y polarizaron opiniones y que todavía no están del todo resueltos, que va a pasar todavía algún tiempo para que se resuelvan. Había un sentimiento histórico y una polarización que preocupaba, porque no es que los mexicanos estuviéramos divididos.

Esta nueva fórmula de concertación y reconciliación nacional es el principio de un nuevo horizonte que anuncia la evolución hacia una nueva idea de nación. Creo que esto no es una exigencia que provenga sólo de fuerzas o presiones internas;

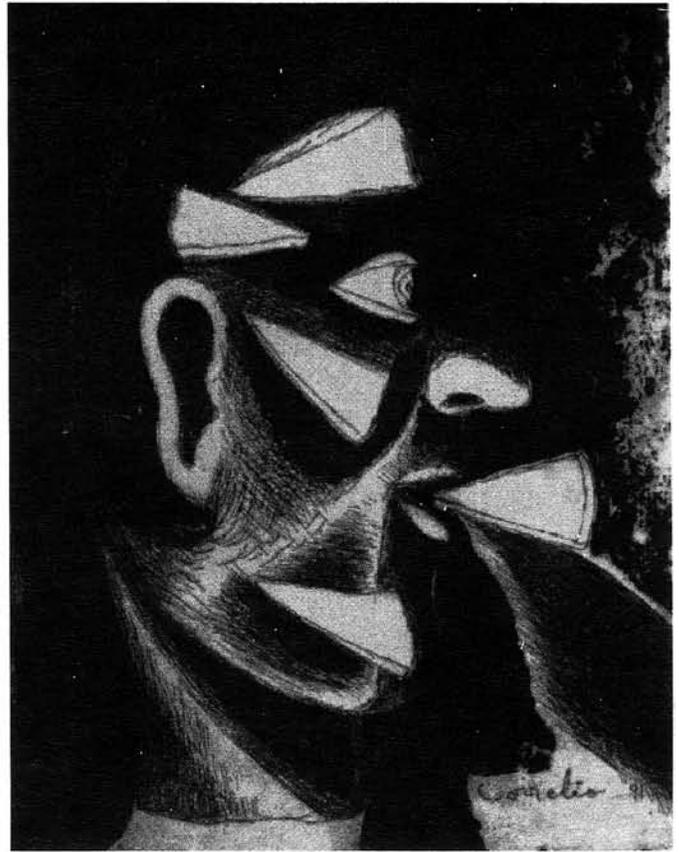
el mundo nos está exigiendo dejar de suspender o atrasar nuestro desarrollo por querellas ideológicas, por cuestiones de orden que podríamos llamar secundario; el mundo nos está demandando configurar una nación con instituciones modernas, con participación cada vez más activa, creativa y crítica de la sociedad y con un Estado -y aquí viene un punto polémico- que conserve la fuerza de un Estado nacional, pues es algo básico para que podamos entrar con cierta esperanza de éxito a la guerra económica. Los mexicanos necesitamos un presidente que sea presidente de los mexicanos, que tenga la representación nacional y pueda enfrentar con seriedad y fuerza los intereses extranjeros en la negociación comercial, en las finanzas mundiales. Es la solidaridad nacional la que puede darnos una buena base para negociar con el mundo, y lo otro, desde luego, es la capacidad que tengamos para crear, para desarrollar nuestra cultura, para crear más conocimientos y dominar más la tecnología.

MB. ¿Qué piensas de la dualidad universidad pública-universidad privada? La contribución de la educación superior privada es la formación de los elementos necesarios para modernizar el país, frente a la universidad pública que, todavía en muchos casos, mezcla fines políticos directos, inmediatos. Mucho de la educación privada, sobre todo la más antigua, vino de ese desencuentro que se dio con la cristiada, aunque ya existía desde antes. Hace todavía diez años la educación privada se daba primordialmente alrededor de grupos religiosos que abanderaban la libertad de educación frente al Estado socialista. Esa cuestión ahora está resolviéndose en la medida en que los grupos hablan, o como tu dices, se vuelven a encontrar. Sin embargo, queda todavía, sobre todo en la universidad, esta división; todavía subsisten leyes discriminatorias de las universidades privadas o disposiciones para que la universidad privada acuda a "incorporarse" a una universidad pública o a la SEP.

Esta dualidad tenía una justificación en el conjunto de ideas sociales de la separación Iglesia-Estado, y ahora tiene que modificarse de alguna manera. ¿Hacia donde se va a modificar?

GG. Lamentablemente, cuando hablamos de educación superior nos enfrentamos a un panorama que no es muy optimista, y estoy hablando tanto de la universidad privada como de la pública.

El desarrollo de la educación superior ha sido muy tropezado, muy obstaculizado, sobre todo porque el aparato productivo que se desarrolló en



México se proveyó de conocimientos tecnológicos del extranjero. La dependencia tecnológica del extranjero tuvo consecuencias gravísimas para el desarrollo de la educación superior. En vez de que las empresas plantearan a las universidades una demanda específica de conocimientos y tecnologías, prefirieron comprar tecnologías extranjeras, que en aquella época resultaban sumamente baratas y accesibles.

Con el tiempo nos fuimos dando cuenta de que la tecnología que las empresas recibían, en muchas ocasiones, era tecnología ya usada, obsoleta, y que hubiera sido, tal vez, mucho más rentable hacer compromisos concretos para la elaboración de tecnología con grupos de técnicos mexicanos. Pero no sucedió así. La dependencia en conocimientos del extranjero repercutió todavía de manera más grave aislando a las universidades.

La demanda es lo único que puede dinamizar la producción de conocimientos en las universidades. Al no haber demanda de conocimientos, la universidad tampoco produce conocimientos útiles. Entre menos demanda hay, más se "academiza", en el mal sentido de la palabra, la universidad. Nuestros académicos tienden a irse hacia temas de menos utilidad inmediata, de menos repercusión

sobre la economía y la producción de bienes y servicios. Por eso, en la universidad encontramos con frecuencia que nuestros investigadores deciden estudiar, por ejemplo, temas como la teoría Roussoniana sobre el desarrollo infantil o la teoría del buen salvaje o temas totalmente abstractos. Y esto no es malo, nunca es malo el conocimiento; el cultivo del conocimiento *per se* es bueno, ayuda a crear un ambiente, sobre todo si ese cultivo de conocimiento se sujeta a normas de rigor y seriedad. Pero cuando ese cultivo de conocimiento no está sujeto a normas de rigor y seriedad, y cuando, por otro lado, en la universidad no se plantea un horizonte de actividades orientado hacia el desarrollo de la nación, hacia el desarrollo de la producción, tenemos universidades que caen en la mediocridad.

La falta de exigencia interna en la universidad, por la falta de controles internos sobre la actividad académica, facilita que prospere la simulación. Los profesores, muchas veces, en vez de estudiar se dedican a repetir por años los conocimientos que aprendieron cuando fueron estudiantes; para evitar la crítica de los alumnos, coquetean y concilian con ellos, simulan que enseñan y los alumnos simulan que aprenden, y se hacen complicidades que derivan en una mediocridad creciente de la actividad académica.

Si bien no toda la culpa es de las universidades, pues buena parte viene de la sociedad, del entorno económico de las universidades, otra parte de la culpa si es de las universidades, de la falta de reglas internas.

Nuestros empresarios no han buscado a las universidades y nuestros universitarios tampoco han buscado a los empresarios. Ha sido un desencuentro dramático que ha provocado que las universidades mexicanas sean universidades de docentes; esto es, que la actividad principal es la de transmitir y no la de producir conocimientos. La base investigativa de las universidades con frecuencia es muy débil y genera círculos viciosos y una situación de postración en las instituciones.

Ahora bien, durante mucho tiempo las universidades públicas fueron centros formadores de cuadros para la cuestión pública, y esa era una función muy importante. Las universidades públicas formaban también una parte del liderazgo patronal. La aparición de instituciones como el Tecnológico de Monterrey, la Universidad Autónoma de Guadalajara, la Universidad Iberoamericana, posteriormente el ITESO, fue muy importante porque abrió la puerta a una pluralidad que no existía en el sistema de educación superior.

Sin embargo, los móviles de cada una de las instituciones citadas han sido distintos. Es muy difícil "encajonar" en un mismo departamento a la universidad privada. La universidad privada no existe como tema; existen universidades privadas sujetas a intereses muy distintos, a veces a intereses sólo comerciales. Ultimamente han surgido universidades privadas en muchas capitales de los estados y en la ciudad de México cuyo móvil es exclusivamente el de obtener ganancias. Hay otras universidades que obedecen a proyectos culturales específicos, como es el caso de la Universidad Iberoamericana, del ITESO, del Tecnológico de Monterrey, aunque este último también tiene su componente comercial bastante notable, y lo digo con todo respeto, porque es una institución que ha jugado un papel sumamente importante en el desarrollo del país.

El Estado ha mejorado su trato hacia la educación superior privada. Por ejemplo, en la reforma constitucional del año pasado se eliminaron del artículo tercero algunas disposiciones que resultaban restrictivas para la actividad académica y para la administración y operación de las instituciones privadas, incluyendo a las universidades, pero todavía se mantienen ciertos controles, llamémosle, burocráticos.

Nosotros desearíamos que hubiera controles más bien académicos, de excelencia académica, pero hasta ahora, por razones políticas, no ha sido posible poner en práctica una política de Estado en educación superior que vaya en esta dirección. La autonomía universitaria ha tenido un doble valor: por un lado fue un pulmón para la democracia del país, pero por otro lado, sobre todo después del 68, se convirtió en una coartada para bloquear toda política estatal en materia de educación superior. Es decir, llevada a su extremo, la autonomía universitaria se ha convertido en una ideología que impide, por ejemplo, la colaboración académica entre universidades. La autonomía universitaria ha bloqueado también exigencias provenientes del Estado en materia de ingreso de alumnos, de calidad de la enseñanza, de egresos. El Estado ha preferido mantener una política de conciliación, y en esa concesión las universidades públicas han podido mantenerse intocadas, como baluartes inexpugnables.

MB. ¿Qué harías en el caso de ser rector de una universidad, de empezar una universidad?

GG. Si fuera a fundar una nueva universidad, primero reuniría expertos en un pequeño número de

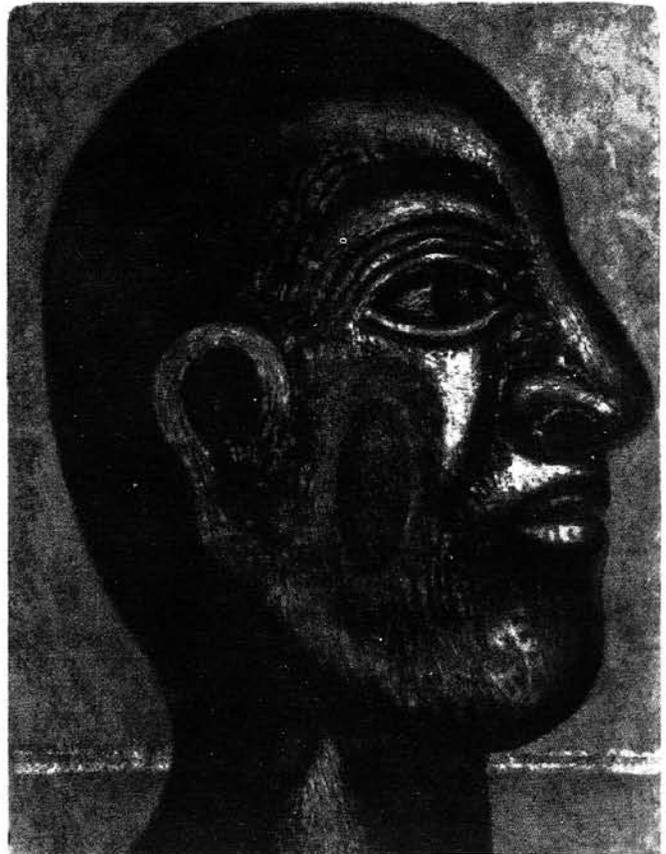
áreas académicas, expertos que tuvieran una alta calificación; los buscaría en el extranjero porque sería injusto que "pirateara" recursos humanos (para usar esta palabra folclórica) de la UdeG o de la UNAM, por ejemplo; creo que resulta más legítimo traerlos del extranjero, aunque sea de manera temporal. Este es un recurso al que se apela con muy poca frecuencia, y estoy seguro que en el extranjero hay muchos investigadores dispuestos a venir a México. Siendo funcionario universitario encontré, por ejemplo, una oferta de doce economistas italianos de primera que deseaban venir a México en su año sabático; de esos doce sólo vino uno. Con Estados Unidos a un lado resulta absurdo que no exploremos las posibilidades que tiene de transferencia de recursos humanos.

El problema es crear instituciones que tengan claridad sobre lo que quieren y no pedirle a los extranjeros que vengan a decirnos lo que debemos hacer; escoger pocas áreas; traer gente de primera; traer estudiantes seleccionados junto a estas figuras de primera calidad, y desarrollar la investigación. Creo que el desarrollo lógico de una universidad debe ser de la investigación ya consolidada hacia el posgrado, y el último paso es construir la licenciatura. Comprometerse a una licenciatura, sin tener investigación, es generar un poder, la docencia, que, viéndolo en la práctica organizacional cotidiana de una universidad, obstaculizará el desarrollo de la investigación de manera objetiva.

Segundo, hay que estrechar lazos con la sociedad, pero lazos serios, en el sentido de hacer compromisos perdurables e institucionales para obtener resultados a largos plazos, no hacer vínculos meramente instrumentales e inmediatistas. Es importante generar una normatividad interna que permita seriedad y rigor en el trabajo académico, al mismo tiempo que libertad; debe buscarse un justo equilibrio: no podemos decirle a un investigador cómo investigar, por ejemplo, pero una institución sí puede decirle a un investigador qué investigar.

Es cuestión de ir a Estados Unidos para darse cuenta cómo es que ese país ha creado las universidades más poderosas y creativas del mundo. Operan sobre la base de proyectos institucionales, y no siempre los desarrollos de conocimientos se dan por inspiración exclusiva del investigador, a veces sí, pero sólo por excepción. La regla son convenios de investigación que hace la institución, e invita a sus investigadores a trabajar dentro de estos convenios.

Estoy en contra de la idea de una universidad asambleísta en donde las decisiones académicas



estén en manos de asambleas, de reuniones multitudinarias. Creo que éste ha sido un gravísimo error de nuestras universidades. No estoy en contra de las reuniones multitudinarias, son legítimas y tienen derecho de darse si los estudiantes, como fue el caso del 68, se organizan para protestar contra un Estado político de opresión y de autoritarismo; si son los estudiantes quienes protestan, la juventud más ilustrada de una nación, me parece perfectamente natural que suceda eso. Sin embargo, se debe lograr que nuestros estudiantes respeten las instituciones y las normas, no sólo las normas de convivencia social, sino también las normas internas de la universidad.

En fin, estoy a favor de una nueva cultura estudiantil, creo que ya hay condiciones en algunas universidades. Ignoro cuál sea la convivencia interna del ITESO, pero supongo que es muy saludable. En la misma Universidad Nacional Autónoma de México y en otras universidades públicas hay evidencias de que nuestros estudiantes están pidiendo otro tipo de participación, de mayor seriedad, de mayor compromiso con el conocimiento y, por lo tanto, con su país. ♦